

cuando á Dios acudamos se hallará demasiado léjos para poder escuchar nuestras súplicas¹. Nadie es capaz de saber si el pecado que en el dia de hoy comete es el que llena y colma la medida de sus iniquidades y le precipita para siempre en terrible condenacion. Este solo pensamiento debe hacernos retroceder y temblar cuando se presenta la ocasion de cometer el pecado, y al armarnos respecto de los que ya hemos cometido; *si no debemos estar sin zozobra aún por aquellos pecados que perdonados nos fueron*², ¿cuánto mayor debe ser el temor que experimentar debemos al saber que estamos en pecado é ignorar si tendremos algun dia la fuerza de voluntad y la gracia necesaria para alcanzar el perdon³?

1. Conc. Trident. — 2. Eccli. v, 5.

3. Tomado en gran parte de Monmorel, *Hom.* 3^o dom. de Cuar. — La recaída en el pecado es funestísima por tres razones. — I. Los recursos que sirven para convertir á los demas pecadores son inútiles para el que cae de nuevo en el mismo pecado siempre. 1^o Las verdades de la fé no hacen en él mella: nos son luces para él. La idea de la eternidad y la meditacion acerca de su salvacion han perdido para decho sujeto el atractivo de la novedad, tan ventajoso á los demas pecadores. Por eso esas verdades, que son un recurso infalible para atraer á penitencia al pecador, para el reincidente son débiles estímulos puesto que ya no impresionan á su alma. — 2^o La gracia carece de sabor reincidente. Este gusto ó sabor de la gracia consiste en la paz y dulzura que se experimenta cuando se tiene un corazon tranquilo y libre poco tiempo despues de haberle tenido esclavizado por las pasiones y remordimientos. Recurso efficacísimo para los demas pecadores, pero que dejó de serlo para aquel que tantas veces experimentara esas dulzuras de la gracia. — 3^o Los sacramentos son un escollo para los reincidentes; a) por el abuso que hicieron de tan divinos remedios; b) por el disimulo de que tratan de revestir sus recaídas; c) por el sacrilegio inevitable en las mismas. — II. La misericordia de Dios tiene un termino. Escuchad respecto al particular las palabras del oráculo divino: «Imposible es volver á la penitencia despues de las recaídas; porque si la tierra, que se vé favorecida amenudo por las aguas del cielo y que produce el ciento por uno á los que la cultivan es un campo de bendicion, en cam-

V. *Remedios contra la recaída en el pecado.* — Por terrible que sea la recaída en el pecado, no carece sin embargo de remedio, as como no hay enfermedad por grave que sea que no pueda ser comibatida por la ciencia de curar. Nuestra vida en este bajo mundo, es un tiempo de prueba; miéntras dura, lo mismo puede uno salvarse que condenarse. Él último aliento de nuestra miserable existencia puede abrirnos las puertas del cielo ó precipitarnos en los antros espantosos del infierno. Tampoco deja de ser cierto que los que en el pecado viven hasta la última hora de su vida, ó hasta que ven acercarse el terrible momento de su muerte, se exponen á condenarse para siempre. Respecto á aquellos que, en el transcurso de

po que no produce mas que ortigas á e pesar del rocío de los cielos, es un campo maldecido y digno del anatema: *Impossibile est eos renovari ad pœnitentiam.* Hebr. v, 4-6. Terribles son estas palabras; no deben significar la irremisibilidad absoluta del que recae en el mismo pecado siempre, porpue la misericordia de Dios es infinita; pero dan á entender la enormidad de ese crimen, puesto que llega hasta tocar los extremos mismos del perdon. Esta sola consideracion nos deberia obligar á evitar dicho pecado. Bastante mal hice al ofender al Señor con una primera falta, sin que trate de agravar mas mi pena, y de cerrarme, digamoslo así, la puerta á toda esperanza. — III. La recaída en el pecado endurece el corazon. Aún cuando la bondad de Dios jamas se cansa, la malignidad especial que encierra la recaída en el pecado, junto al carácter especial del corazon humano, arrastrará necesariamente al pecador al endurecimiento de corazon. Sucede con las enfermedades del alma lo mismo que con las del cuerpo, con las recaídas hacense incurables. La voluntad continúa pervirtiéndose al adelantar en el camino del mal. Tras el primer pecado comienza la costumbre; ya formada oscurece al entendimiento; el ojo ya no descubre ni el oido escucha; ni el corazon se conmueve ya mas: esto indica que empieza á endurecerse. *Ex voluntate perversa facta est libido, et dum servitur libidine, facta est consuetudo, et dum consuetudine non resistitur, facta est necessitas.* S. Agustin. *Confess.* lib. 2, c. 5. Ademas Dios es el dueño absoluto de sus gracias, y respecto del que ellas abusa muéstrase avaro. (Martin, *Año Past.* 3 dom. de Cuar.).

su vida, tienen la desgracia de caer varias veces en el pecado de que la divina misericordia les habia ya sacado y que ellos prometido habian no cometer ya mas, no deben desesperar por eso de su salvacion, pero ha de ser proponiéndose poner en práctica, cada vez que esto les suceda, los dos remedios que á continuacion diré.

Es el primero, levantar al cielo los ojos despues de la caida diciendo con los apóstoles: *Salvados, Señor, que perecemos*¹. O con san Agustin. « ¿ Hasta cuando Señor me veré por la pasion dominado²? » Y si vemos que nuestra debilidad y miseria nos impide volver á Dios inmediatamente y nos invita á dejar para mañana la la resolucion tomada de romper los vínculos que á la culpa nos sujetan, repitamos tambien con esé gran penitente: « ¿ Porqué no ha de ser hoy? ¿ Porqué no ahora mismo³? » Mas, si nuestras palabras salen del corazon mezcladas de sollozos y suspiros, si brotan de nuestros ojos amargas lágrimas de remordimiento, no dudemos ni un solo instante de que alcanzaremos la victoria que aquel santo alcanzó y que cual él podremos exclamar: *Habéis roto Señor mis ligaduras, y mi lengua puede entonar ya en adelante cánticos de alabanza*⁴.

Si tenemos la dicha de volver á la gracia del Señor, lo que debemos hacer para perseverar en la misma, es tomar todas las precauciones necesarias para no caer ya mas bajo la esclavitud del demonio. Luego, como nuestros sentidos exteriores é interiores son las puertas por las que el demonio trata de introducirse dentro de nosotros, es preciso, *cerrar los ojos*⁵, poner á nuestros lábios un candado de circunspeccion⁶, *tapar nuestros oidos, guardar nuestro corazon con todo el posible cuidado*⁸. Y como se dice en la Escritura que una vez que Adan fué arrojado del paraiso terrenal, el Señor colocó á la puerta del mismo un ángel armado con *un sable de fuego*⁹ para impedir que volviera el hombre á entrar allí, así

1. Matth. vii, 25. — 2. *Confess.* lib. viii, c. 5. — 3. *Ibid.* — 4. Salmo cxv, 16. — 5. Sal. lxxviii, 24. — 6. Sal. cxliii, 3. — 7. *Eccli.* xxviii, 28. — 8. *Prov.* iv, 23. — 9. *Gen.* iii, 24.

tambien, una vez arrojada de nuestra alma el demonio, es preciso que nos pongamos en guardia á la puerta de nuestra¹ casa, que el demonio llama *suya*, armados con el escudo de la *fé* y la espada del Evangelio, para prohibirle la entrada².

1. *Efes.* vi, 16.

2. Tomado tambien en gran parte de Monmorel, *loc. cit.* — Así como una fortaleza sitiada por un numeroso ejercito suele entregarse al enemigo y alguna vez tan desprovista se halla de fuerzas que es fácilmente asaltada; así tambien nuestra alma hallase á veces ocupada por el demonio cuando en pecado mortal se encuentra; otras veces está próxima á este peligro, cuando desprovista de armas y auxilios espirituales se halla, cuando no se vé alimentada ó fortalecida por la lectura espiritual, ayudada por la oracion y sostenida por la frecuencia de sacramentos; cuando no evita las ocasiones de pecado y no tiene suficiente vigilancia sobre sí misma: cuando no guarda con exquisita vigilancia sus oidos, lengua, miradas y demas sentidos. que son las puertas del alma. Cuando no está revestida de estas armaduras expuesta se halla sin defensa alguna á los golpes y ataques de sus enemigos. Leese en el libro de Job esta frase simbólica respecto á nuestro contrario: *La miseria va ante él.* Job. xli, 13. Porque ántes de posesionarse de nuestra alma, cuida el demonio de que se halle desprovista de auxilios y refuerzos espirituales, para que mas fácilmente caiga en los lazos de su antiguo enemigo. — De lo dicho podemos deducir cuan grande es el error de aquellos que rechazando estas armas espirituales, pronuncian estas insensatas palabras: Cristo ó la Iglesia, no me han impuesto tal carga; no estoy obligado á recibir los sacramentos mas que una vez al año, á acordarme de Dios nada mas que los domingos y fiestas, y á observar no mas que lo preeptos del decalogo; no se me manda nada de lo que me exigis. — No consideran, los que tal dicen, que aún cuando estas cosas no esten estrictamente mandadas, las prescripciones ó mandatos divinos no pueden observarse por mucho tiempo sin el auxilio de las mismos; así es que si nuestro primer cuidado debe ser el cumplimiento exacto de los preeptos, el segundo debe referirse á los consejos que nos ayudan admirablemente para cumplir los primeros. Así como un general á quien en rey confiara una ciudadela, tomaria ó deberia tomar todo género de medidas y precauciones no solo

Conclusion. — La parábola del demonio que vuelve á tomar posesion de su casa, es decir, del alma de la que habia sido separado,

para evitar que cayera en manos del enemigo, sino que deberia tambien dotarla de guarnicion suficiente, equipo y armamento, fosos, contra fosos, y material de guerra para que no pudiera ser sorprendida y asaltada, si dicho general descuidase el tomar tales precauciones, aún cuando no pudiese ser acusado de traicion, con justicia seria castigado por su descuido; asi tambien, el que, por órden del Señor, vese obligado á guardar la ley divina, debe cuidar no solo que la fortaleza de su alma sea asaltada y tomada por las sugestiones del demonio, sino que emplear debe los medios mas eficaces que esten á su alcance para asegurar la defensa de la misma. Del mismo modo que la mujer virtuosa, que quiere conservar intachable la fé conyugal, no se limita á no manchar el talamo de su legitimo esposo; sino que evita con gran cuidado toda conversacion, espectáculo, relaciones sospechosas en una palabra, todo cuanto al adulterio pudiera inducirlo. Pues todo el que desea alcanzar un fin, debe ponerlos medios conducentes al mismo y esforzarse por evitar lo que pudiera ser obstáculo en su consecucion, Bien claro lo demostró el Señor en su ley en otros tiempos: despues de ordenar á los Nazarenos, esto es á los hombres consagrados especialmente á Dios, que se abstuviesen de beber vino mientras durase el tiempo de su consagracion; no contento con esta prohibicion, les mandó tambien que no comiesen el fruto de la viña, ni pasas, ni pepinos. *Num.* vi, 3. ¿Qué tiene que ver nada de esto con la religion? Él privarse del vino era una práctica religiosa y el ángel alabó por ello en grau manera á Juan Bautista. *Lucas* i, 15. ¿Pero, para que exigir mas? Con esta ley quiso el Señor advertirnos que, cuando Él prohíbe alguna cosa, debemos nosotros abstenernos de todo lo que con ella se relacione, para evitar mejor todo peligro de contravenir á aquella órden. Así, el vino que procede de la uva, prohibia el uso del vino y del vinagre y de las ubas secas ó frescas, en fin de todo lo que de la uva procediera; — no significaba esto que todo aquello fuese ilícito, sino para que, por esta especie de símbolo ó figuras comprendiésemos que es preciso abstenerse, no solo del mal en sí, sino de todo aquello que con el mal se relaciona. Pongamos algunos ejemplos. La ley prohíbe el deseo. En la obligacion estamos, sin embargo de no ver lo que pudiera excitar nues-

nos ha dado ocasion para poder apreciar lo mas esencial en lo que al importante asunto de la recaida en el pecado concierne. Gracias

tros malos deseos. Porque el ver y desear son casi reciprocos. El que descuida las cosas pequeñas ó insignificantes pronto caerá en las grandes. El *Eclesiastes* dice: *Aparta tus ojos de la mujer hermosa y adornada; no mires con curiosidad una hermosura que no te pertenece.* ¿Porqué? Porque *muchos se perdieron por la hermosura de la mujer; con esa hermosura la concupiscencia nos abrasa como un fuego devorador.* *Ecclí.* ix, 8 y 9. ¿Conoceis ahora cuan prudente es retener la vista, para prevenir una pasion funesta? — Le nos manda: No desearas. Hé aquí ahora un consejo propio á tal precepto: Aparta tus ojos de la mujer adornada. Porque la vista provoca y escita la concupiscencia; esta nos procura una conversacion, la conversacion se convierte en amistad, en relaciones familiares y de estas no hay mas que un paso para perder la nocencia. Así casi insensiblemente del grano de uva se llega á beber el vino que embriaga. — Añadamos tambien que los que dicen que no debe uno inquietarse por esas pequenezes, no consideran cuales el enemigo que tienen que combatir, cual es el mundo en medio del cual se agitan, cual es la debilidad y flaqueza de la carne de que están formados: todas estas cosas que exigen de nuestra parte tanta vigilancia, cuanto peor es el mundo, mas débil nuestra naturaleza y mas infatigable nuestro enemigo. Por eso dice san Bernardo: «Nosotros cuantos vegetamos en las regiones de las tinieblas y de la murete en la miseria y flaqueza de nuestra carne, en este lugar de tentacion, si reflexionásemos bien, hallaríamos que nos agitamos miserablemente bajo un triple mal: pues somos fácilmente seducidos, impotentes en las obras, débiles para la resistencia. De ahí proviene que si queremos discernir el bien del mal, nos engañamos, si tratamos de obrar el bien desfallecemos; que si tratamos de resistir al mal, nos vemos vencidos y anonadados» Todo esto nos muestra claramente cuanta necesidad tenemos de armas espirituales para combatir á tantos enemigos. — ¿Mas, cuales son las armas de esta milicia? Oid á san Cipriano: «No dejes caer de vuestras manos un libro santo, y no se aparte un momento de vuestro corazon el pensamiento del Señor; sea vuestra oracion incesante y no se relajen nuestras buenas obras; para que cuando el enemigo se aproxime, halle un corazon armado y cerrado para él». Entónces no encon-

á ella sabemos que la causa principal de esta recaída, estriba en la presuncion. Sabemos que esta recaída es una gran desgracia que nos encadena al pecado y nos sujeta al mismo de una manera terrible. Sabemos tambien que no hay pecado alguno que tenga la gravedad y malicia de la recaída, á causa del especial desprecio que de Dios supone se hace y del abuso que de su divina misericordia se hace. Sabemos ademas, que es doblemente perjudicial que los demas pecados puesto que fortalece las pasiones y hace mas difícil el perdon. Pero sabemos tambien que á ese terrible mal se le puede aplicar el doble remedio de la vuelta inmediata y sincera á Dios, despues de la caída y de la vigilancia fiel y consatntemente ejercida así sobre nuestros sentidos como sobre nuestro corazon. Todos por, desgracia, amados hermanos míos, somos mas ó ménos reincidentes. Meditemos pues amenudo las verdades que acabo de exponer, para poner termino á nuestras recaídas y caminar en adelante con paso firme y seguro por el camino que conduce á la eterna bienaventuranza. Amen.

trará la casa vacia, y en disposicion de ser fácilmente ocupada. Por lo tanto, hermanos míos, que nadie se engria, que nadie se haga ilusiones, despreciando eas minuciosas precauciones. Los mismos hechos, á falta de otras razones nos acurrian. ¿ No vemos á les que buscan en estos piadosos ejercicios armas espirituales, que pasan muchos años sin cometer un solo pecado mortal, miéntras que los que de ellos no se aprovechan caen fácilmente en los lazos que les tiende el demonio y beben la iniquidad como el agua? ¿ Qué hemos de esperar en efecto de un hombre sin armas rodeado de enemigos bien armados? Pues bien el alma que llamamos nosotros desarmada llamala el Señor alma vacia, de la cual toma pronto él demonio posesion sin resistencia (Granada, *Serm.* 4º dom. de Cuar. serm. 1).

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

CUARTO DISCURSO

Una mujer proclama bienaventurada a la Madre de Jesus.

I. Felicidad de Maria. — II. Felicidad de los que escuchan la palabra de Dios.

Acababa el Salvador de arrojar del cuerpo de un hombre un demonio que le poseia y le privaba del uso de la palabra, y en el momento mismo en que dicho demonio fué arrojado de él, el mudo curado, comenzó á hablar. Visto aquel prodigio admiró el pueblo el poder de Jesus. Pero los enemigos de Jesus que habian tambien presenciado el milagro, envidiosos de la confianza que la muchedumbre tenia en Jesus, atrevieronse á decir que no era, sino en virtud del príncipe de los demonios, como Jesus los arrojaba del cuerpo de los poseidos. No le costó mucho al Salvador el confundir á sus calumniadores, probando que no podia ser en virtud del gefe de los demonios como á los mismos arrojara, sino en virtud del poder de Dios. Despues de esto y tornando pié de aquello mismo para instruir á los que le escuchaban les propuso la parábola tan expresiva del demonio que toma de nuevo posesion de la casa, de donde fuera arrojado en compañía de otros siete espíritus peores que él. Pues bien, esto milagro del Salvador, la contestacion que dió á sus enemigos y su discurso al pueblo que le rodeaba, habian impresionado tanto á una de las mujeres allí presentes, la que levantando la voz exclamó: ¡ *Bienaventurado el seno que te encerró y los pechos que te amamantaron!* A lo cual replicó el Salvador, con penetrante gravedad: ¡ *Decid mas bien bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan!*

Segun los Padres, no proferió aquella mujer la exclamacion que refiere sin un impulso del espíritu Santo. Ven en ella, en efecto, una confesion de su fé en fé que dicha mujer no pudo tener sin el auxi-